

Why Nations Fail. The Origins of Power, Prosperity and Poverty^{1*}

■ Daron Acemoglu y James A. Robinson
Londres, Profile Books, Ltd., 2012, 529 pp.

Son muchos los libros que pretenden seguir el camino de «La riqueza de las naciones» de Adam Smith, en su intento de descubrir qué es lo que hace que un país sea exitoso. El más reciente es «Why Nations Fail» («Por qué fracasan las naciones»), la inmensa obra de Daron Acemoglu (economista) y James A. Robinson (científico político), publicada en 2012 en Estados Unidos. La tesis del libro fue adelantada por Acemoglu en el Centro de Estudios Públicos cuando estuvo en Chile en 2010. Básicamente, es que los países exitosos son aquellos que tienen instituciones sólidas que además son «inclusivas»: los ciudadanos tienen igualdad de acceso a ellas, y nadie es excluido. En cambio los países que fracasan son los que tienen instituciones débiles o, peor, «extractivas», diseñadas por una élite para «extraerle» renta a los demás. Solo en países de instituciones sólidas e inclusivas, que combinan el respeto a la propiedad privada con el acceso igualitario de todos a las oportunidades, se crea el dinamismo innovador que se necesita para crear riqueza, a diferencia de países de instituciones débiles o de instituciones extractivas, donde no hay la seguridad que se necesita para invertir en innovación, y dónde la prioridad no es crear riqueza, si no asirla o repartirla.

¹ * El presente texto es una versión ampliada del artículo a dos columnas titulado «La pobreza de las naciones», publicado en El Mercurio en 2012.

Acemoglu y Robinson rechazan toda teoría anterior que haya pretendido explicar el éxito de un país. No creen para nada en teorías que enfatizan cultura, religión, o etnia como factor determinante, o en teorías como las expuestas por un Jeffrey Sachs o un Jared Diamond que enfatizan la importancia de la geografía—no es de sorprenderse que Sachs² y Diamond³ hayan escrito largos ensayos sobre «Why Nations Fail», defendiendo su posición.

Para rebatir teorías alternativas y defender la suya, Acemoglu y Robinson aportan incontables «datos históricos». Estos los reúnen con el aplomo de científicos sociales que no se sienten limitados por las pedestres disciplinas del historiador. Los autores se pasean con desparpajo por la historia del mundo, desde la edad del hielo hasta ahora, saltando sin pudor de la revolución industrial al imperio Ming, o del imperio romano al surgimiento de la Mesopotamia. Así nos van «demostrando» que el éxito de un país no tiene nada que ver con cultura, religión, geografía, clima o etnia. Ni siquiera con «buenas ideas». Algunos economistas parecen creer, según ellos, que a los países les va a ir bien si a través de buenos asesores, se les da a sus gobernantes buenas ideas económicas, como si estos no supieran leer y no fueran capaces de descubrirlas ellos mismos en la copiosa literatura que existe. Acemoglu y Robinson alegan, plausiblemente, que recetas como las del «consenso de Washington» no funcionaron en muchos países no porque éstos las ignoraran, sino porque sus élites no querían que funcionaran: temían que mercados abiertos a la competencia, y por tanto a la «creación destructiva», iban a terminar destruyendo su poder «extractivo».

Los viajes vertiginosos de Acemoglu y Robinson a través del tiempo y el espacio son muy entretenidos. Los dos se parecen a aquellos novelistas o propagandistas que usan la historia como botín: los primeros como alimento al argumento de su ficción, donde por definición ignoran todo hecho que no les sea interesante; los segundos, para acumular evidencia para su tesis, donde por definición se descarta cualquier hecho que la

² Jeffrey Sachs, «The True Drivers of Economic Development», *Foreign Affairs*, September October 2012

³ Jared Diamond, «What Makes Nations Rich or Poor», *New York Review of Books*, June 7, 2012

incomode. Por ejemplo para comprobar que Colombia siempre ha sido un país de instituciones puramente extractivas, hacen un resumen grotesco y caricaturesco de la historia de ese país en muy pocas páginas. Otras veces, en sus arrebatos de entusiasmo, se tropiezan en forma más sutil. Por ejemplo hablan de «ley británica» cuando quieren decir «ley inglesa», y para rebatir la tesis de que es la cultura inglesa la que explica el éxito de países como Estados Unidos o Australia nos recuerdan que «Sierra Leona y Nigeria también fueron colonias inglesas». Cierto, pero entre los dos pares de países hay un abismo. La diferencia es que Estados Unidos y Australia fueron no solo gobernados, si no masivamente poblados por ingleses.

Acemoglu y Robinson tienden a creer que son las instituciones políticas inclusivas las que dan lugar a sus equivalentes económicos y no al revés. Creen que los regímenes políticos autoritarios no dejarán nunca que se desarrollen bajo su dominio instituciones económicas inclusivas, ya que el propósito mismo del autoritarismo es el de extraerle riqueza a los demás. Por eso mismo pasan por alto las reformas de un Pinochet en Chile, y como bien lo ha acotado Sachs⁴, no tienen una buena explicación para el rápido desarrollo que hubo bajo regímenes autoritarios en Asia. En cuanto a China en particular, tienden a creer que el crecimiento de los últimos años ha sido extractivo, luego artificial y que al menos que China se democratice rápidamente puede correr igual destino que el supuesto crecimiento de la Unión Soviética, cosa improbable dada la secuencia en que, según ellos, se progresa de la inclusividad política a la económica, y nunca al revés.

Si fueran historiadores, Acemoglu y Robinson estarían más abiertos a la idea de que el éxito de un país no depende de un solo factor, sino de varios que se dan en combinación. Es raro, aunque común entre economistas, ese afán de que sea solo uno. Con todo, el libro es una elocuente vindicación de la igualdad de oportunidades, tan necesaria en cualquier país, no solo porque optimiza el uso de los recursos humanos y reduce las tensiones sociales, como dicen los autores, sino porque su existencia es un imperativo moral. Y el impacto legítimamente propagandístico que ha tenido el libro desde su publicación

⁴ op cit

se debe, probablemente, a que justamente atribuye el éxito de las naciones a un único factor.

Por cierto Acemoglu y Robinson siguen una fuerte corriente académica actual de concebir a las instituciones como claves para el éxito de un país. Lo original de su aporte es que no les baste con instituciones sólidas que les den permanencia a las reglas del juego y que insistan en que estas sean «inclusivas» y no «extractivas». No basta que haya reglas del juego sólidas y permanentes porque estas tienen que ser las adecuadas. Hay países cuyas instituciones, por sólidas que sean, los tienen sumidos en la pobreza, porque en vez de promover la competencia, y la creación de riqueza nueva, están diseñadas por las élites para aprovechar la riqueza existente, y extraerle una renta a los demás. En esos países la política es un juego de suma cero, donde los contrincantes juegan al todo o nada para alcanzar el botín que el poder les brinda. En un ambiente de permanente conflicto, nefasto para la inversión y el emprendimiento, un grupo desplaza a otro, muchas veces con violencia, muchas veces en nombre de la «ciudadanía» o del «pueblo», pero nada cambia, porque sobreviven las instituciones «extractivas» de siempre. En cambio, en un país «inclusivo» las instituciones están hechas para que todos puedan competir en la creación de riqueza. No hay instituciones «extractivas» diseñadas para aplastar a competidores. Las élites, por temerosas que sean de la «creación destructiva» que aportan los emprendedores nuevos, no tienen el poder para frenarlos. El que haya adquirido alguna ascendencia tiene que competir día a día para no perderla y la competencia que se da es profunda, porque florecen todos los talentos disponibles en la población. Hay en el país una verdadera igualdad de oportunidades, que tiene la doble virtud de reducir los conflictos sociales y de conseguir que se multipliquen los emprendedores e innovadores con capacidad para llegar al mercado. Para Acemoglu y Robinson, el emprendimiento y la innovación, y por tanto la verdadera creación de riqueza, solo se dan en países inclusivos.

Ellos por cierto ven no solo a Colombia, si no a toda América Latina como una zona de instituciones extractivas, con las que las élites aplastan a los demás. Robinson ya había analizado en el pasado el poco cambio que ha habido incluso en países donde se ha dado una «revolución», debido a que

los «revolucionarios», sean zapatistas o castristas o chavistas, simplemente se apoderaron de las instituciones extractivas⁵. Los autores en general son despectivos respecto a América Latina, y para contrastar la naturaleza extractiva del capitalismo latinoamericano con la innovación que se da en Estados Unidos, comparan la fortuna «monopólica» de Carlos Slim con la de Bill Gates, producto según ellos de la creatividad y de la competencia. Sería interesante verlos comentar la feroz crítica que hace Joseph E. Stiglitz, en su último libro «Why Inequality Matters» (2012), de las prácticas monopólicas de Microsoft, que Stiglitz ve como la quintaesencia del capitalismo extractivo y depredador de Estados Unidos. Es cierto que en América Latina, Acemoglu y Robinson ven algunas luces de esperanza en Brasil y en Chile. Pero las describen como de paso, en unos párrafos muy escuetos.

Si se detuvieran más en Chile, probablemente aprobarían su economía de mercado, porque la competencia es una condición sine que non de la inclusión. Pero criticarían nuestra excesiva desigualdad, y nuestro poco inclusivo sistema educacional, que hacen que la competencia se dé en una cancha desnivelada. Son demasiado pocos los talentos que logran florecer en Chile, y las elites por tanto han enfrentado poca competencia, fuera de la que ha venido de los inmigrantes. Tampoco es muy inclusivo nuestro sistema centralista de organización territorial, que tiene rezagadas a muchas regiones del país. Tal vez no sea casual que las protestas de estos últimos años vengan de los estudiantes y de las regiones.

Me imagino que Acemoglu y Robinson se detendrían también en la escasa competitividad de nuestro sistema político: si hay institución «extractiva», o exclusiva, es el sistema binominal, cuyo grado de excentricidad uno llega a entender a cabalidad solo cuando trata de explicarlo a un extranjero.

La fuerza y la insistencia con que Acemoglu y Robinson promueven su idea tienen, lo hemos dicho, atributos como de propaganda, pero eso ha sido el caso de muchos libros influyentes a través del tiempo. Académicamente habría sido más valioso un libro que mostrara la relativa importancia de instituciones inclusivas frente a otros factores. Por otro lado no

⁵ En Francis Fukuyama (editor) *Falling Behind. Explaining the Development Gap between Latin America and the United States*, Oxford, 2008.

hay mucho sobre cómo se gestan las instituciones inclusivas, por lo que países pobres no podrán aprender fácilmente de este libro. Pero la insistencia persuasiva con que está escrito hará que el libro tenga mucha influencia en los próximos años.

Daviud Gallaguer